

Civilización, violencia y barbarie en la novela de la Revolución Mexicana (1915-1931)

*Enrique Guerra Manzo**

*Recibido: 27 de septiembre de 2023
Dictaminado: 26 de octubre de 2023
Aceptado: 21 de noviembre de 2023*

RESUMEN

El objetivo del artículo es analizar la manera en que aparecen representados los vínculos entre la triada civilización, violencia y barbarie en tres novelas de la Revolución Mexicana del período 1915-1931: *Los de abajo* de Mariano Azuela; *La sombra del Caudillo* de Martín Luis Guzmán; *Cartucho* de Nellie Campobello. Nuestros hallazgos principales consisten en precisar el modo en que en dichas obras sus autores utilizan un código de luces y sombras para expresar las complejas relaciones de esa triada. Así, emplean términos, metáforas y discursos que pretenden enaltecer al proceso civilizatorio como un camino que nos lleva a una senda de mayor luminosidad y elevación como seres humanos. En cambio, cuando aluden a la barbarie, se apoyan en figuras retóricas que enfatizan un camino hacia la oscuridad y profundidades que nos rebajan como seres humanos. En los relatos, la violencia aparece tanto del lado civilizatorio como del lado de la barbarie. En el primero, se presenta como creativa, generadora de orden, legítima, sagrada y avalada por la comunidad. En el segundo, como destructiva, impura, embrutecedora, ilegítima. Empero, el foco de que cada autor se vale para dar cuenta de la triada es diferente. Campobello lo hace desde las minucias de la observación del cuerpo humano

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Ciudad de México, México.
Correo electrónico: enriqueguerra311@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1705-6855>

estremecido por los estragos de la guerra civil. En Azuela, el foco está en la bola que sube y baja en la marea de la lucha armada. En Guzmán el centro está en el uso del poder de la élite revolucionaria. Para hacer una relectura de los pasajes o momentos de la trama de cada novela en los que más suele apreciarse la triada de nuestro interés, el artículo se apoya en los conceptos de civilización, violencia y barbarie del sociólogo Norbert Elias, relativamente ausentes en las investigaciones mexicanas.

Palabras clave: *civilización, violencia, barbarie, novela de la Revolución Mexicana, Revolución Mexicana, Estado mexicano.*

Civilization, violence and barbarism in the novel of the mexican revolution (1915-1931)

ABSTRACT

The objective of this article is to analyze the way in which the links between the triad of civilization, violence and barbarism are represented in three novels of the Mexican Revolution of the period 1915-1931: *Los de abajo* by Mariano Azuela; *La sombra del Caudillo* by Martín Luis Guzmán; *Cartucho* by Nellie Campobello. Our main findings consist of specifying how, in these works, the authors use a code of light and shadow to express the complex relationships of this triad. Thus, they use terms, metaphors and discourses that aim to exalt the civilizing process as a path that leads us to greater luminosity and elevation as human beings. In contrast, when referring to barbarism, they rely on rhetorical figures that emphasize a path towards darkness and depths that degrade us as human beings. In the narratives, violence appears on both the civilizational side and the side of barbarism. In the former, it is presented as creative, order-generating, legitimate, sacred, and endorsed by the community. In the latter, it is depicted as destructive, impure, brutalizing, and illegitimate. However, each author uses a different focus to account for the triad. Campobello does so from the minutiae of observing the human body shaken by the ravages of civil war. In Azuela, the focus is on the insurrection that rises and falls in the tide of armed struggle. In Guzmán, the center is on the use of power by the revolutionary elite. To reinterpret the passages or moments of the plot in each novel where the triad of interest is most commonly appreciated, the article relies on the concepts of civilization, violence and barbarism by the sociologist Norbert Elias, which are relatively absent in Mexican research.

Key words: *civilization, violence, barbarism, novel of the Mexican Revolution, Mexican Revolution, Mexican state.*

INTRODUCCIÓN

El presente artículo se propone abordar las siguientes preguntas: ¿De qué forma aparecen representados los vínculos entre civilización/violencia/barbarie en la novela de la Revolución Mexicana entre 1915 y 1931?¹ Es decir, ¿cuáles han sido las principales imágenes, figuras y discursos en que se ha plasmado esa triada? En la novela de la Revolución de ese período² aparecen en tensión tanto el discurso hegemónico de la Revolución Mexicana, adoptado por las élites, como voces discordantes, contrahegemónicas, que se oponen al discurso dominante. En ese sentido, ¿hasta qué grado se puede apreciar en los protagonistas de las novelas la manera en que se viven y experimentan ciertos dramas generados por los procesos civilizatorios, de barbarización y ciclos de violencia que tuvieron lugar en ese tiempo? El propósito del ensayo es brindar una respuesta tentativa a las anteriores preguntas.

El argumento principal es que en los tres autores de que se ocupa este ensayo, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y Nellie Campobello,³ los

¹ Por el concepto novela de la Revolución Mexicana hay que entender aquellas obras que han legado una “serie de visiones complementarias y contradictorias” de lo que fue esa revolución (Olea Franco, “La novela de la Revolución”, p. 491), ya sea en su etapa destructiva o reconstructiva. No está claro cuándo empezó a usarse el término por primera vez, pero adquirió fuerza entre 1924 y 1925 en una célebre polémica en los diarios *El Universal* y *El Nacional* a propósito de *Los de abajo* de Mariano Azuela (por lo que aparece como la novela fundacional). José Emilio Pacheco, *Inventario*, p. 21910 considera a *El rey viejo* de Fernando Benítez (1959) como “la última novela de la Revolución y el más claro antecedente de la nueva novela histórica mexicana”.

² En el cual cabe distinguir las siguientes etapas: de 1910 a febrero de 1913 se da la fase maderista de la Revolución, en la que no hubo mucho derramamiento de sangre, salvo entre 1910 y 1911. Con la caída y asesinato de Madero se inicia la contrarrevolución encabezada por el general usurpador Victoriano Huerta (febrero 1913-junio 1914), sus medidas represivas y la fuerte reacción de todos los grupos revolucionarios que se levantaron en su contra hicieron que la lucha fuera más prolongada, sacudiendo a muchos más estados y regiones. Derrotado Huerta, se inicia una etapa denominada “guerra civil” (julio 1914-julio de 1915), la más sangrienta de la Revolución, que llevará a un feroz enfrentamiento entre las dos principales facciones revolucionarias, la División del Norte (en alianza con el zapatismo) y el Ejército Constitucionalista. En la primavera y verano de 1915 se dieron las batallas decisivas del Bajío (Celaya, Trinidad y León) en las que se impuso el Ejército Constitucionalista. Ello, junto con la promulgación de la Constitución en 1917 y el ascenso de Venustiano Carranza a la presidencia (1917-1920), para muchos historiadores marca el inicio de la fase reconstructiva de la Revolución, que se profundizará en las dos décadas siguientes. Al respecto, véase Rodríguez, “El siglo xx mexicano”; Hamilton, *México: los límites de la autonomía*; Knight, “La revolución mexicana”; Medina, *Hacia el nuevo estado*; Womack, “La revolución mexicana”.

³ Aunque no está exento de polémicas, pero tiende a existir cierto consenso en que a esos tres autores debemos las obras más icónicas escritas entre 1915 y 1931. Véase Brushwood, *México en su novela*; Olea Franco, “La novela de la revolución”; Aguilar Mora, “El silencio de Nellie Campobello”; Avechuco, “La Revolución narrada”; Sandoval, “Luz y sombra”.

códigos centrales de que se valen para abordar las relaciones entre civilización y barbarie es el de un juego de luces y sombras.⁴ Al referirse a lo primero suelen utilizar términos o metáforas que buscan enaltecer al proceso civilizatorio como un camino que lleva a una senda de mayor claridad, luminosidad y elevación como seres humanos (uso de la razón, vuelo del águila, elevación espiritual, progreso, justicia, virtudes cívicas o morales). En cambio, cuando se alude a lo segundo, emplean un lenguaje y figuras retóricas que pretenden enfatizar a la barbarización como un camino hacia la oscuridad que nos rebaja como seres humanos (animalización de la política, centralidad de la serpiente que se arrastra y acecha, ascenso de las bajas pasiones, ambiciones, odios, crueldad en las relaciones humanas, guerras...). En modos diferentes, la violencia aparece tanto del lado civilizatorio como del lado de la barbarie. En el primero, como creativa, generadora de orden, legítima, sagrada, avalada por la comunidad. En el segundo, como destructiva, embrutecedora, impura, generadora de caos, ilegítima, que agravia y lacera a la comunidad.⁵

Empero, el foco de que cada autor se vale para dar cuenta de la triada civilización, barbarie y violencia, es diferente. En *Cartucho*, Campobello lo hace desde las minucias de la observación del cuerpo humano (vivo o convertido en cadáver) sacudido por los estragos de la guerra civil y sus efectos sobre la subjetividad (gestos, sentimientos, percepciones, pensamientos). En Azuela, el foco está en la bola (un actor colectivo violento), que sube y baja en la marea de la revolución siguiendo a su líder Demetrio Macías. En *La sombra del Caudillo*, Guzmán coloca su mirada en la esfera política, en la cúpula de la élite revolucionaria, en los hombres del poder subyugados por el Caudillo. Aquí no se pretende hacer un resumen o lectura lineal de cada obra sino una

⁴ Como señala Bourdieu en su estudio del arte: “Toda operación de desciframiento exige un código más o menos complejo, cuyo dominio es más o menos total. La obra de arte, como todo objeto cultural, puede ofrecer significaciones de niveles diferentes según la clave de interpretación que se le aplica; las significaciones de nivel inferior, es decir las más superficiales, resultarán parciales y mutiladas, por lo tanto erróneas, mientras no se comprendan las significaciones de nivel superior que las engloban y las transfiguran”. Véase, Bourdieu, “Elementos de una teoría”, p. 49. Véase también Heinich, *Sociología del arte*.

⁵ Durante la segunda mitad del siglo XIX la diada civilización barbarie también estaba presente tanto en intelectuales liberales como conservadores. Como aduce Bahena, “Temas y aspectos comunes en la historiografía”, pp. 78-79, pese a la diversidad de interpretaciones, para ellos “el avance progresivo de la humanidad (a lo largo de la historia) se llevaba a cabo a partir de una relación dialéctica-conflictiva (es decir, de choques) entre la civilización y la barbarie, triunfando la primera sobre la segunda”. En esos pensadores se aprecia “una correlación entre la idea de progreso y la de civilización. Esto se explica si consideramos que la mayoría de los hombres que conformaron la élite de aquella época tenía como referentes los modelos de progreso y civilización de la cultura occidental europea”. Quizá el libro de Hispanoamérica más emblemático de esa época sea el *Facundo* de Sarmiento. Para mayores detalles al respecto, véase Amaro, *Del amor a la patria*; Fowler, “El pronunciamiento mexicano”; Brading, *Ensayos sobre el México contemporáneo*.

relectura de aquellos pasajes o momentos de la trama en los que más suele apreciarse la triada de nuestro interés. Pero antes de ello, es necesario precisar el modo en que deben entenderse nuestras categorías analíticas centrales.

LOS CONCEPTOS DE CIVILIZACIÓN, VIOLENCIA Y BARBARIE:

BREVE DIGRESIÓN

Civilización y barbarie son dos conceptos estrechamente vinculados que no se pueden pensar por separado.⁶ La barbarie sirve como un espejo de la civilización, ésta se define como lo contrario de la barbarie. Aquí, sus conexiones se entenderán en dos sentidos que se implican mutuamente. El primero tiene que ver con la necesidad de “crear un estándar” para diferenciar a los que se dicen civilizados (el nosotros) de los bárbaros (ellos): para los franceses del siglo XVIII “el estándar de la civilización era la ciudad y lo que estaba fuera de la ciudad era bárbaro; para los antiguos habitantes griegos, Grecia era el símbolo de la civilización y lo no-griego representaba la barbarie”.⁷ Es una diada que siempre implica estigmatización (coacción simbólica) para denigrar al otro como no civilizado y que remite a una balanza de poder entre culturas desiguales y diferentes. Sin embargo, Norbert Elias señala que también se puede usar de manera subalterna o contrahegemónica para contraestigmatizar al que se dice civilizado y etiquetarlo como bárbaro (que oprime y violenta injustificadamente).⁸ El segundo sentido tiene que ver con el aprendizaje de ciertas formas de autocontrol y el establecimiento de controles heterónomos, que distinguen a los seres humanos del reino animal: a través de un proceso civilizatorio que nos coacciona, aprendemos desde niños a regular nuestros impulsos innatos de acuerdo con la cultura y la sociedad a la que pertenecemos (pues todos llevamos dentro un bárbaro, al que deben imponerse controles disciplinarios para poder vivir en comunidad). Quienes no son capaces de ello incurren en barbarie: suelen ser presas de sus pasiones e impulsos (acercándose a la animalidad o al salvajismo). Este segundo sentido es el que está omnipresente en los trabajos de Freud.⁹ Considero que en la sociología figuracionista de Norbert Elias las dos direcciones de la diada civilización/barbarie se entrelazan estrechamente: la primera como relación nosotros/ellos y la segunda como un proceso civilizatorio que combina controles heterónomos

⁶ Para la genealogía de esa diada desde el mundo griego al moderno, véase Offe, “La ‘barbarie’ moderna”.

⁷ Chen, “‘Civilización’ y ‘Barbarie’”, p. 1.

⁸ Elias, *El proceso de la civilización*; y “Civilización y violencia”, pp. 141-152.

⁹ Freud, *Psicología de las masas*.

y autónomos.¹⁰ En las novelas que aquí se analizan aparecen mezclados ambos sentidos.

Empero, para Elias el curso de la civilización es siempre un hecho potencial con peligro de colapso. Los controles civilizatorios nunca dejan de ser una capa delgada. Por ello, enfatiza que veamos no sólo el proceso civilizatorio en que está inmersa una sociedad sino también los posibles procesos decivilizatorios¹¹ (tendencias a la barbarie). Ambas fuerzas están siempre presionando al tejido social.¹² La violencia está presente en los dos procesos, pero de modo diferente.¹³ A medida que gana terreno el proceso civilizatorio aparece una creciente tendencia a la centralización (monopolización) del uso de la fuerza y del poder (ello puede posibilitar la consolidación de Estados robustos y la gradual pacificación del tejido social). En ese sentido, la violencia aparece como creativa, posibilitadora del orden social y estrechamente ligada a una legitimidad (aceptación de la colectividad). En cambio, los procesos de barbarización empujan hacia una descentralización de la coacción, erosión de las normas de convivencia y fragmentación del tejido social. Esa dualidad de la violencia ha sido también observada por René Girard. En su estudio del pensamiento mitológico, en el que se bate contra las dicotomías del racionalismo filosófico, aduce lo siguiente:

La metamorfosis física de la sangre derramada puede significar la doble naturaleza de la violencia. Algunas formas religiosas sacan un partido extraordinario de esta posibilidad. La sangre puede literalmente hacer ver que una única y misma sustancia es a la vez lo que ensucia y lo que limpia, lo que hace impuro y lo que purifica, lo que empuja los hombres a la rabia, a la demencia y a la muerte, y también lo que les amansa, lo que les permite revivir [...] Los hombres no comprenden el secreto de esta dualidad. Necesitan diferenciar la buena violencia de la mala [...].¹⁴

En mi opinión, lo que permite distinguir a una y otra forma de violencia es ante todo su conexión con la legitimidad: la coacción sagrada goza del apoyo

¹⁰ Al respecto, véase la magna obra de Elias, *El proceso de la civilización*.

¹¹ Para el desarrollo de ese concepto en la sociología figuracionista, véase Guerra Manzo, *Breve introducción*.

¹² Véase, Elias, *Los alemanes*; y “Civilización y violencia”.

¹³ Desde otro enfoque, Sofsky también destaca la tensión entre las aspiraciones de paz y orden de una sociedad que se dice civilizada y la presencia persistente de la violencia. Considera que la civilización, que a menudo se asocia con progreso y el avance humano, puede dar lugar a ciclos de barbarie y de represión. Para él, el empleo de la fuerza en las relaciones humanas no es únicamente resultado de amenazas externas o patologías individuales, sino que también puede surgir de tensiones y contradicciones internas dentro de la propia sociedad que se dice civilizada. Véase Sofsky, *Tiempos de horror*.

¹⁴ Girard, *La violencia y lo sagrado*, pp. 44-45. Corchetes míos.

de la comunidad, se le ve cumpliendo funciones positivas; mientras que a la coacción impura se le percibe como amenazante para el orden social, de ahí que sea repudiada. Aquí, esas dos clases de violencia son retomadas e insertadas en la sociología figuracional de Elias, quien ha demostrado en su obra el modo de ir más allá de las dicotomías del racionalismo sin quedar atrapado en el pensamiento mitológico. Por lo cual, propongo entender los dos sentidos del concepto en términos de un intervalo pendular oscilante, no en un sentido excluyente y dicotómico, sino como un péndulo que a veces tiende hacia la violencia creativa y en otras hacia la destructiva, todo ello en una tensión permanente. Pues nunca hay ni plena civilización, ni plena barbarie, sino formaciones sociales híbridas en las cuales es posible reconocer aspectos de ambas.

De esta manera, tanto del lado de los procesos civilizatorios como de los de barbarización, nunca desaparece la posible irrupción de la violencia, aunque su probabilidad es mayor en los segundos.¹⁵ En la novela de la Revolución Mexicana, interpretada desde la sociología figuracional, se puede apreciar también esa tensión.

Los enfoques sociológicos dominantes han dirigido su atención a la modernidad, mientras que el de Elias evoca una sociología de la condición humana. Su teoría de la civilización “es esencialmente una teoría del hombre, del hombre en plural y no en singular”.¹⁶ La aportación copernicana de Elias al saber sociológico radica ante todo en su incansable lucha para colocar a la sociología en caminos que la alejen del pensamiento dicotómico (alma-cuerpo, sujeto-objeto, individuo-sociedad...), centrado en la imagen del *homo clausus* (persona cerrada y aislada) como base de la construcción del conocimiento, que en su opinión imperaba en la filosofía tradicional y en las ciencias sociales. En lugar del *homo clausus*, Elias proponía partir de la verdadera condición humana: la imagen de los *homines aperti* (pluralidad de personas abiertas, orientadas recíprocamente en figuraciones, que siempre tienen ciertas formas de estructuración y de historicidad). Así, Elias consideraba el uso de modelos de personas unidas en interdependencias reales (figuraciones), que cambian con el tiempo, como el mejor punto de partida de la investigación sociológica (o historiográfica). En *El proceso de la civilización* (publicado en 1939), aplicó esa forma de razonamiento y demostró su enorme capacidad heurística. El núcleo duro de esa obra y de su programa de investigación es el de los vínculos entre racionalización, violencia y proceso civilizatorio. A partir de ahí

¹⁵ Por tanto, los procesos de barbarización o decivilizatorios deben entenderse como un incremento del uso de las coacciones violentas en el trato entre las personas y una creciente inestabilidad de las instituciones encargadas de encauzar la convivencia pacífica y el bienestar social. Véase Elias, *Los alemanes*, pp. 208-209.

¹⁶ Citado en Kilminster, *Norbert Elias*, p. 292.

y a la vez reaccionando contra sus críticos,¹⁷ Elias despliega su pensamiento hacia otras direcciones y campos entreverados con el proceso civilizatorio: relaciones entre establecidos y marginados, deporte, ocio, balances de poder entre los géneros, teoría del conocimiento, teoría de los símbolos (incluyendo a la escritura y a la literatura)...¹⁸

2. MARIANO AZUELA: LA MIRADA EN LOS DE ABAJO Y LA BARBARIE DE LA BOLA

Los de abajo de Mariano Azuela apareció por entregas en un periódico en 1915, durante su exilio en el Paso Texas y se publica como libro en esa misma ciudad a fines de ese año,¹⁹ cuando todavía estaba fresca la pólvora disparada en la Revolución Mexicana. Tras el asesinato de Francisco I. Madero, Azuela se sumó al villismo en calidad de médico militar, bajo las órdenes del general Julián Medina, que operaba en Jalisco. Además de sus experiencias como protagonista en la gesta revolucionaria,²⁰ el material para escribir su obra -como expresó en una conferencia- fue cosechado en “los cuarteles, hospitales, restaurantes, fandangos, caminos carreteros, veredas, ferrocarriles y en todas partes. Muchos sucesos están referidos en forma absolutamente distinta a como los [escuché]”.²¹ De ese modo, en *Los de abajo*, como en toda novela de la Revolución, se dan cita ficción e historia.²² Escrita en un tono realista de la época, cercano al cultivado por Honoré de Balzac y Émile Zola, combina melodrama (para referir las relaciones entre los personajes) y crónica (de los acontecimientos revolucionarios entre 1913 y 1915). En ella, de manera innovadora en la novela mexicana, Azuela abandona al narrador omnisciente y ofrece múltiples fragmentos de voces distintas y de historias de vida que brindan al lector una mirada panorámica de experiencias diversas desde las

¹⁷ Para una síntesis de las críticas a Elias y de la forma en que él y sus seguidores han reaccionado, véase Guerra Manzo, *Breve Introducción*.

¹⁸ Una buena síntesis de ese enorme despliegue aparece en Dunning y Mennell, *Norbert Elias*; para las conexiones entre escritura y proceso civilizatorio en la obra de Elias, véase Mier, “Norbert Elias”, y Heimich, *Sociología del arte*.

¹⁹ Olea Franco, *Los de abajo*, p. 253.

²⁰ Al parecer muy breve, pues sólo participó aproximadamente dos meses en la lucha armada. Díaz Arciniega, “Los de abajo”, p. 291.

²¹ Citado en *Ibid.*, p. 291.

²² La mayor parte de los personajes son ficticios, pero también hay presencia de figuras o hechos históricos: Julián Medina, Pánfilo Natera, Francisco Villa, Venustiano Carranza, Victoriano Huerta; la batalla de Zacatecas, la Convención de Aguascalientes o la derrota de Villa en Celaya.

cuales apreciar la complejidad que significó el movimiento revolucionario de 1910.²³

La novela, creada desde la amargura de la derrota del maderismo y el villismo,²⁴ se compone de tres partes. En la primera se exponen las causas que llevan a los protagonistas a sumarse a la revolución (deseo de justicia, agravios contra el caciquismo), ilustradas sobre todo con el caso de Demetrio Macías, cuya personalidad, construida sobre la figura del general Medina, da cuenta de sus primeras correrías militares, cada vez más intensas a medida que crece la fuerza del villismo. La segunda parte se refiere al triunfo de los rebeldes sobre el gobierno de Victoriano Huerta y a las pugnas entre las facciones triunfantes hasta la Convención de Aguascalientes (octubre-diciembre de 1914), momento en que intentan infructuosamente llegar a un acuerdo que evite la guerra, cuya ciudad llena de basura expresa el hundimiento y el desorden. La tercera parte ocurre en 1915, el año más cruento de la revolución, en el cual se da la derrota de la División del Norte ante el Ejército Constitucionalista y los incansables descalabros de las tropas de Macías, que van en retroceso hasta regresar a su pueblo, pero sin poder parar la lucha armada. Termina con la muerte de Macías, sorprendido por una emboscada de sus enemigos.

Como señala Jiménez²⁵, “el ritmo que informa la novela es arriba/abajo”. A medida que ascienden los de abajo se incrementa el proceso de deshumanización, degradación, animalización de los seres humanos (barbarización). En la novela, la diada arriba/abajo por momentos alude a la de civilización/barbarie. Al principio del movimiento imperaron los ideales (fuerzas civilizatorias):

—Mi jefe —continuó [Luis] Cervantes [el Curro, pasante de medicina y secretario de Demetrio Macías]— [...] Permítame que sea enteramente franco [...] Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria [empuje hacia la civilización]. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales.²⁶

Empero, si se repara en el contexto de enunciación de las frases anteriores y de los rasgos de quien las emite, cabe apreciar un profundo sentido irónico

²³ Para un mayor desarrollo del estilo en que escribe Azuela, véase Subercaseaux, “Los de abajo”; Díaz Arciniega, “Los de abajo”; Jiménez de Báez, “Los de abajo”.

²⁴ En 1947 Azuela declaró: “Ésta es la razón de que las novelas que escribí en aquellos meses de amargura nacieran, crecieran y se acabaran, impregnadas de cierta mordacidad punzante”. Citado en Díaz Arciniega, “Los de abajo”, p. 305.

²⁵ Jiménez, “*Los de abajo* de Mariano Azuela”.

²⁶ Azuela, *Los de abajo*, pp. 1637-1644.

de Azuela. Pues se trata de un desertor del gobierno federal, culto y urbano, que se une a los revolucionarios por interés económico. Azuela representa en las palabras del Curro el modo en que incluso en la fase más idealista de la revolución aparecen ya algunos discursos demagógicos. El loco Valderrama y el intelectual Alberto Solís, y no el Curro, son quienes mejor personifican los anhelos de justicia social del movimiento, pero también son los más escépticos.²⁷

A esta fase idealista que se extiende hasta la derrota de Huerta (en la cual impera una violencia sagrada, como un medio subordinado a valores: justicia, democracia, lucha contra la tiranía), seguirá otra en la que se impone una guerra entre las facciones revolucionarias y una violencia destructiva, que transforma a los hombres hacia el pragmatismo y la barbarie (quiebra de valores, ascenso de los instintos). Todos los personajes cambian en esa dirección, hasta los de mayor pureza humana, como el propio Demetrio Macías, tienen sus momentos de animalidad: borracheras, desdén por la vida de los demás. Por ejemplo, cuando La Pintada mata a Camila, novia de Macías; o cuando dos de sus hombres son asesinados tras una borrachera y Demetrio se muestra indiferente. Diversas escenas del capítulo dos de la segunda parte —donde la Pintada y el Güero Margarito cobran centralidad, personajes que más representan la perversidad ocasionada por la lucha armada— denotan con claridad la subversión del orden social, de la cultura y el ascenso de la barbarie:

—¡Qué brutos! —exclamó la Pintada riendo a carcajadas—. ¿Pos de dónde son ustedes? Si eso de que los soldados vayan a parar a los mesones es cosa que ya no se usa. ¿De dónde vienen? Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y ésa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces ¿pa quién jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si hora nosotros vamos a ser los meros catrines... Aver, Pancracio, presta acá tu marrazo [...] la Pintada, incansable, siguió descerrajando cajón por cajón, hasta no dejar hueco sin escudriñar. [...] Cuando Demetrio despertó, Luis Cervantes le dijo: —Mi general, vea usted qué diabluras han hecho los muchachos. ¿No sería conveniente evitarles esto? —No, curro... ¡Pobres!... Es el único gusto que les queda después de ponerle la barriga a las balas. —Sí, mi general, pero siquiera que no lo hagan aquí... Mire usted, eso nos desprestigia, y lo que es peor, desprestigia nuestra causa... Demetrio clavó sus ojos de aguilucho en Luis Cervantes. Se golpeó los dientes con las uñas de dos dedos y dijo: —No se ponga colorado... ¡Mire, a mí no me cuente!... Ya sabemos que lo tuyo, tuyo, y lo mío, mío. A usted le tocó la cajita [con dos diamantes], bueno; a mí el reloj de repetición. Y ya los dos en muy buena armonía, se mostraron sus “avances”.

²⁷ Al respecto, véase Olea Franco, “Los de abajo”, pp. 292 y 296.

Afuera, en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, el Manteca cocía elotes, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamadas [...].²⁸

La quema de libros (una de las expresiones más altas de la cultura), apoderamiento, saqueo y tropelías de las casas de los ricos, son algunos indicadores de lo que está en marcha con la revolución: alteración en la balanza de poderes entre las clases sociales, destrucción del antiguo orden social porfirista, ascenso de los bárbaros al poder.²⁹ Al intensificarse la lucha armada entre las facciones revolucionarias, en los personajes de la novela se acentúa su barbarización, trastornados por la guerra fratricida. Los ideales parecen extraviarse. El intelectual Alberto Solís, la figura más escéptica de la novela y quizá el alter ego de Azuela, confiesa al Curro que él creía que al final del camino de la revolución habría “una pradera” y se encuentra de pronto con “un pantano”. Todos se convierten en bandidos sin ideales o se retiran hacia un “egoísmo impenetrable y feroz” (imperio de las pasiones). “—Me preguntará que por qué sigo entonces en la revolución. La revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval”. Y Agrega: “¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre [derramada]!”.³⁰

Así, los personajes de Azuela, acicateados por la destrucción material (que ocasiona escasez de alimentos)³¹ y quiebra de valores (que libera instintos), se ven envueltos en una incesante barbarie que amenaza sus vidas y los degrada como seres humanos.³² Es decir, la novela se mueve en el péndulo civilización (valores, normas, elevación a la luminosidad de los ideales) y barbarie (oscuridad de los instintos, desbordamiento de las pasiones, violencia impura). Si uno de los polos asciende, el otro baja. Azuela palpó el fondo de la barbarie revolucionaria, lo vivió de cerca y se conmovió tanto que sintió necesidad

²⁸ Azuela, *Los de abajo*, pp. 2167-2195.

²⁹ Son abundantes los indicadores de la barbarie que ofrece Azuela en *Los de abajo*: el desnudar a las víctimas que “traen mejores ropas” y vestirse como ellos sólo para burlarse en sus caras, p. 1884; como langostas, los seguidores de Macías intensifican los saqueos de todo lo que encuentran a su paso (haciendas, pueblos, rancherías), p. 1953; raptos de mujeres, violaciones; y diversas tropelías sobre transeúntes y comerciantes, como las del Güero Margarito sólo por el puro placer de divertirse, p. 2801.

³⁰ *Ibid.*, pp.1920-1933 y 2069-2070.

³¹ El paisaje rural descrito en la novela evoca un campo desolado por los estragos de la revolución, marcado por el abandono y la muerte, falta de cultivos, miseria, pueblos saqueados tanto por el ejército huertista como por el constitucionalista. Para mayores detalles de los estragos generados por la revolución, véase Knight, *La revolución mexicana*; Womack, “La revolución mexicana”.

³² En opinión de Díaz Arciniega, “Los de abajo”, p. 446, para Azuela “la guerra resultó el marco idóneo para mostrar cómo ocurre el trastorno de los hombres dentro de condiciones de vida extremas, porque todos ellos están —en un violento presente— confrontados con la muerte”.

de darle forma estética, expresión simbólica (autenticidad). Mucho de ello se aprecia en el siguiente pasaje:

Igual a los otros pueblos que venían recorriendo desde Tepic, pasando por Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas, Juchipila [el pueblo de Macías, al que regresa] era una ruina. La huella negra de los incendios se veía en las casas destechadas, en los pretiles ardidados. Casas cerradas; y una que otra tienda que permanecía abierta era como por sarcasmo, para mostrar sus desnudos armazones, que recordaban los blancos esqueletos de los caballos diseminados por todos los caminos. La mueca pavorosa del hambre estaba ya en las caras terrosas de la gente, en llama luminosa de sus ojos que, cuando se detenían sobre un soldado, quemaban con el fuego de la maldición. Los soldados recorren en vano las calles en busca de comida y se muerden la lengua ardiendo de rabia. Un solo fonducho está abierto y en seguida se aprieta. No hay frijoles, no hay tortillas: puro chile picado y sal corriente. En vano los jefes muestran sus bolsillos reventando de billetes o quieren ponerse amenazadores.³³ [...] . —¿Por qué pelean ya, Demetrio? [pregunta la esposa, que no quiere que se vaya de nuevo]. Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice: —Mira esa piedra cómo ya no se para...³⁴

Demetrio Macías se percibe atrapado en la vorágine de la revolución y siente, a pesar de la derrota, que ya no puede parar, fuerzas mayores lo arrastran a un proceso que no alcanza a comprender del todo, sólo presiente que hay que seguir (“como una hoja seca atrapada por un huracán”). Y lo hará hasta su muerte. Pasada la fuerza telúrica del movimiento revolucionario, los seguidores de Macías, abatidos y desilusionados, se dispersan y retornan a su cotidianidad. “Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos ni son dioses ni son nada. Cuando la Codorniz habló, sus palabras fueron fiel trasunto del sentir común: —¡Pos hora sí, muchachos... cada araña por su hebra!...”.³⁵

La lucha armada destruye ideales y lo material, barbarizando a las personas, aspectos que más enfatiza la novela: “—¡Qué hermosa es la revolución, aun en su misma barbarie!— pronunció Solís conmovido”.³⁶ En *Los de abajo* también se puede apreciar a una violencia creadora, que dará lugar a nuevas figuras (vencedoras) y a nuevas estructuras civilizatorias:

El gesto de Valderrama fue desdeñoso y solemne como gesto de emperador: —¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es

³³ Azuela, *Los de abajo*, pp. 3078.

³⁴ *Ibid.*, p. 3111.

³⁵ *Ibid.*, p. 2981.

³⁶ *Ibid.*, pp. 2069.

volcán; a la revolución porque es revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?...³⁷

Sin embargo, la reconstrucción del nuevo régimen después del “cataclismo” será ante todo la historia de los vencedores (los de arriba), de la que ya no se ocupa la novela de Azuela, pero sí, como sabemos, una de las mejores novelas de Guzmán.

3. MARTÍN LUIS GUZMÁN: BARBARIE Y CIVILIZACIÓN

EN LOS DE ARRIBA

Varias de las tesis que Guzmán había desarrollado en sus escritos de no ficción, previos a 1928, serán retomadas en sus dos principales novelas, *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del Caudillo* (1929).³⁸ Así, como reza el título de su primera novela, el símbolo de nuestro escudo nacional indica bien el modo en que los principales escritores del Ateneo de la Juventud (Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán),³⁹ le daban vuelta a nuestra relación con la civilización y la barbarie, una ambigüedad que una y otra vez nos desconcierta.⁴⁰ El águila expresa vuelo de la razón, elevación del espíritu y de nuestra cultura (lo mejor de nosotros mismos en tanto seres civilizados, un ángel que llevamos dentro). La serpiente representa a lo rastrero, lo bajo, pasiones e instintos (lo peor de nosotros en tanto criaturas bárbaras, una bestia que también llevamos dentro). Guzmán es capaz de ver esa dualidad en los más recónditos pueblos de cualquier lugar de México, donde reinan de manera pendular la luz de la civilización (quietud, paz, armonía) y las tinieblas de la barbarie (rebeldía, la bola, bajas pasiones, empleo de las armas).⁴¹ Con esa dualidad en mente, Guzmán interpreta a la sociedad mexicana en su desarrollo como nación. Se percata así de que la fórmula porfirista de plata (corrupción) y plomo (crimen sistemático), como mecanismos centrales para imponer la paz, se aplica de nuevo en el México posrevolucionario dominado por los gobiernos sonorenses. Parte de esa tragedia tratará de plasmarla en *La sombra...* Con ello, la sociedad mexicana resbala a una perversión moral-espiritual. Sólo el

³⁷ *Ibid.*, p. 2975.

³⁸ En “Otras páginas” (1912-1919); “La querrela de México” (1915); y “A orillas del Hudson” (1915-1918), Guzmán plantea muchas de sus ideas centrales que luego trataría de plasmar en sus novelas.

³⁹ Monsiváis, “Prólogo”, p. 296, ha visto con perspicacia el sentido misional-civilizador que permeó el pensamiento de la generación el Ateneo: “Incluso los mexicanos universales también requieren de la patria para su escritura”.

⁴⁰ Subercaseaux, “Los de abajo”, p. 143, precisa los giros simbólicos de la figura del águila y la serpiente en la generación del Ateneo.

⁴¹ Al respecto, véase Guzmán, “Otras páginas”, pp. 9545-9554.

camino democrático de Madero puede sacarnos de ahí: esa es la premisa de la generación del Ateneo.⁴² Y es en ese marco que deben situarse las dos grandes novelas de Guzmán. Pero aquí sólo me ocuparé de *La sombra del caudillo*.

A diferencia de Azuela, que salvo su breve incursión en el villismo se mantuvo fuera de la política y escribe desde los márgenes, Guzmán estuvo profundamente involucrado en la política (aunque sus obras las escribe desde la amargura del exilio, en el cual estuvo quince años) y se codeó con sus principales figuras. Por ello, estaba más capacitado para brindar una visión de los de arriba y desde arriba. Mientras Azuela coloca su mirada en las masas derrotadas (la bola), Guzmán lo hará en las élites vencedoras (aunque ello no le impide reparar en las clases bajas, pero lo hace con cierta distancia y desdén, pues las considera manipulables).

En *La sombra del caudillo*, se puede observar tanto la barbarización de la política (aspecto que más enfatiza Guzmán) como la gradual pacificación de los señores de la guerra. Es posible apreciar tanto la brutalidad (encarnada en el Caudillo y en Hilario Jiménez) como el tambaleante orden civilizatorio que se va generando: autocontrol en los personajes, apego a ciertas reglas de civilidad para dirimir diferencias (ilustrada, por ejemplo, con Ignacio Aguirre).

La sombra del caudillo se publicó en 1929 en España, pero desde mayo de 1928 comenzaron a aparecer algunos capítulos en entregas dominicales en el diario *El Universal* y en dos periódicos de Estados Unidos. En sus personajes impera la tragedia, pues viven en un presente degradado por la sombra del Caudillo, una poderosa fuerza capaz de imponerse a la voluntad de los hombres, barbarizándolos.⁴³

Como varios estudiosos han señalado ya, es la primera novela política mexicana en la estela de dictadores en Hispanoamérica. La obra da cuenta del autoritarismo que caracterizó al régimen posrevolucionario en la década de 1920, en la cual su principal caudillo era Álvaro Obregón, vencedor del villismo. Nos ofrece un vívido retrato de los políticos de la época que se presentan como “defensores de los ideales de la revolución mexicana”, pero que en la práctica se valen del cálculo, cinismo, corrupción e impunidad para promover sus propios intereses.⁴⁴ La palabra sombra opera como una metáfora de la oscuridad y fatalidad del poder, así como del carácter maquiavélico del proceder del Caudillo y de todo el régimen posrevolucionario.⁴⁵ Al igual que en *Los de abajo*, donde Azuela se vale de un código de luces y sombras como

⁴² Ése era también el anhelo de la campaña electoral vasconcelista de 1929. Al respecto, véase Pacheco, *Inventario*, p. 9498.

⁴³ Olea Franco, “Prólogo”, pp. 185 y 289-299.

⁴⁴ López Vera, “La sombra del Caudillo”, p. 219; Jiménez de Báez, “Los de abajo”; Sandoval, “Luz y sombra”; Olea Franco, “Prólogo”.

⁴⁵ Jiménez de Báez, “Los de abajo”, p. 861; López Vera, “La sombra del Caudillo”, p. 221; Sandoval, “Luz y sombra”; Olea Franco, “Prólogo”; Domínguez, *Nación criminal*, p. 76.

uno de sus hilos conductores, en *La sombra del Caudillo* ocurre algo similar. Sandoval lo ha dicho con las siguientes palabras:

[...En la novela] La luz significa pureza política, en el caso de Axkaná; pureza virginal, en el caso de Rosario; claridad de conciencia, de nuevo en Axkaná, y después, en el propio Aguirre; y, finalmente, salvación, una vez más, para Axkaná. La sombra significa, sobre todo, el extraordinario y terrible poder del Caudillo que permea todas las acciones políticas e incluso deforma físicamente a sus oscuros seguidores; significa también la caída de Rosario, en la sombra de la irregularidad matrimonial; y, finalmente, significa intenciones y hechos reprobables.⁴⁶

Considero que ese hilo también se puede aplicar para observar a la diada civilización (luces)-barbarie (sombras). Guzmán toma de la realidad histórica lo que considera necesario para crear a su personaje, cuyo poder tiránico y degradante es puesto en evidencia no a través de frecuentes apariciones sino por medio de sus acciones autoritarias y el modo en que se imponen a la voluntad de los individuos, como ocurre en el género de la tragedia.⁴⁷

La pasión con que Guzmán escribe su obra, como un actor muy cercano a experiencias que vivió en algún momento, no le impide brindarnos un frío acercamiento a la naturaleza de la política mexicana de la época, impregnada por la ambición, corrupción, desprecio por la vida, lo siniestro (“el madrugete”). Sobre esa base, Guzmán modeló arquetipos de orden universal que evidenciaran las agresiones, rebajamiento moral y deslizamiento hacia la barbarie, a la que conduce todo cesarismo caudillista o dictatorial que anhela perpetuarse en el poder.⁴⁸

Así, considero que en *La sombra del caudillo* hay un retrato animalizado de la élite política (y en parte de las clases bajas), a través de diversos arquetipos que se van desplegando en la narración en los que cristaliza el México de la posrevolución: incesante barbarización y uso de la fuerza, degradación de la política mexicana. Empero, aunque eso sea cierto, ello no debe hacernos perder de vista la presencia de un creciente proceso de pacificación de los guerreros de la revolución que también se va dando en la vida política, que se acentuará más en el período posterior al cierre de la novela y de la muerte de

⁴⁶ Sandoval, “Luz y sombra”, p. 424. Aunque la diada luz/sombra coloca a la mayoría de los personajes bien de un lado o de otro, Guzmán también deja abierta la posibilidad para deslizamientos pendulares de algunos personajes, en especial para Aguirre: además de que éste en su pasado cometió actos atroces para defender al Caudillo de sus enemigos, a veces se mueve en las sombras (por ejemplo, al seducir a Rosario, pese a que Axkaná le advierte que no lo haga).

⁴⁷ López Vera, “La sombra del Caudillo”, pp. 228-229; Olea Franco, “Prólogo”.

⁴⁸ Al respecto, véase Solà, “Martín Luis Guzmán”, pp. 643-650; López Vera, “La sombra del Caudillo”, pp. 232-237; Oviedo, Historia de la literatura.

Álvaro Obregón, con la creación del Partido Nacional Revolucionario (1929) y el proceso de corporativización de las masas en el sexenio cardenista. En parte, Guzmán también ve esa pacificación pero no la destaca tanto en su afán por enfatizar más las sombras que las luces del poder de la élite sonoreense.

Desde las primeras páginas, nuestro autor pone al lector ante un panorama sombrío que se avecina en la novela. Bajo el juego de luces y sombras frente a la mole de la cordillera del Ajusco, una tarde se dan cita Ignacio Aguirre (principal protagonista de la obra, construido con una síntesis de los rasgos de Francisco R. Serrano y de Adolfo de la Huerta) y Rosario, mujer a la que cortejaba: el Ajusco se hallaba “coronado de nubarrones tempestuosos y envuelto en sombras violáceas, en sombras hoscas que desde allá teñían de noche, con tono irreal, la región clara donde Rosario y Aguirre se encontraban”.⁴⁹

Bajo ese péndulo de luces y sombras, Guzmán nos muestra el intervalo en el que oscilan las acciones en la esfera política mexicana. Cercano a la luz que ofrecen los ideales se encuentra Axkaná González (alter ego de Guzmán), la conciencia más pura de la revolución, diputado y el mejor amigo de Aguirre. Se trata del personaje que mejor representa a la racionalidad y a una calidad moral elevada. En cambio, Hilario Jiménez, favorito del Caudillo, simboliza el rostro más oscuro de la política (corrupto, calculador, oportunista, alma turbia, siempre dispuesto a madrugar al adversario). Dos bandos enfrentados de la familia revolucionaria se disputan la arena pública: el de los políticos civiles (que busca persuadir a Aguirre para que sea su candidato presidencial) y el de los políticos militares (encabezado por Jiménez). No todos actuaban de la misma forma. Los políticos civiles eran partidarios de publicitar sus adhesiones, destacar sus virtudes y denostar a los del bando contrario, actitud que no dejaba de exponerles a represalias y al odio de sus enemigos. Los políticos militares, en cambio, se mantenían reservados, en la sombra, y llegado el momento confiaban en el argumento victorioso de las armas. Los militares, dada su función, jugaban “con doblez”. Solían engañar a ambos bandos: “permanecían semiocultos en la sombra, se mostraban turbios, vacilantes, sospechosos”.⁵⁰

En ese escenario jalonado por dos grandes bloques, el fiel de la balanza era la decisión del Caudillo, al que Guzmán describe como felino “siempre al acecho”, con “unos soberbios ojos de tigre”, quien generaba miedo en todas las corrientes de no adivinar sus decisiones y de caer en desgracia. Ello contribuía no al desarrollo de virtudes cívicas sino a un embrutecimiento de la política,

⁴⁹ Guzmán, *La sombra...*, pp. 643-647.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 1072-1079. Considero que la gradual autocontención de los señores de la guerra era un indicador de que poco a poco se iban civilizando sus pasiones belicosas y de que confiaban más en el cálculo para apostar al bando ganador, siempre tratando de adivinar la voluntad del Caudillo, que arriesgarlo todo en rebeliones que podrían llevarlos a la ruina en caso de fracaso.

pues al ser un ámbito hostil, dominado por la incertidumbre inescrutable del autócrata, el instinto y el cálculo eran las principales armas para sobrevivir.

El día que Aguirre fue a ver al Caudillo para sondear su opinión sobre las elecciones presidenciales que se avecinaban, “dejaban suspensa en el Caudillo la mirada de costumbre. Al contestar él, sólo quedaron en sus ojos los espurios resplandores de lo irónico; se hizo la opacidad de lo impenetrable”.⁵¹ Al salir del Castillo de Chapultepec, sede de la casa presidencial, mientras su auto bajaba la rampa, Aguirre sentía que se hundía en su carrera política. Atónito, no encontraba el modo de explicarse “cómo era posible que el Caudillo su amigo y su jefe por más de diez años, no hubiera querido creer una sola de sus palabras”.⁵² Pues Aguirre quería convencerlo de que si él no lo aprobaba, no iba a postularse como candidato, pero el Caudillo no le creyó y eso lo sumió en una profunda angustia y amargura.

Aguirre se desahoga con Axkaná y le confiesa que no entiende cómo es que el Caudillo no creyó en su amistad y cariño. Axkaná responde que en el campo de las relaciones políticas no hay amistad, “no subsiste”. Lo que hay son alianzas y lucha darwiniana:

Jefes y guidores, si ningún interés común los acerca, son siempre émulos envidiosos, rivales, enemigos en potencia o en acto. Por eso ocurre que al otro día de abrazarse y acariciarse, los políticos más cercanos se destrozan y se matan. De los amigos más íntimos nacen a menudo, en política los enemigos acérrimos, los más crueles.⁵³

De nuevo aparece en Guzmán la visión de la política como zoología y una racionalidad instrumental (la conquista del poder a toda costa), en detrimento de los ideales.

Desoyendo las palabras de Axkaná, posteriormente Aguirre va a hablar con Hilario Jiménez. Quiere dejarle en claro que no es su enemigo y que desea brindarle su apoyo en las elecciones, pero Jiménez le pone condiciones inaceptables. Aguirre se siente de nuevo humillado. Percibe que todo iba moviéndose en su contra.

Guzmán describe la causalidad política que lleva inevitablemente de la amistad a la confrontación, a la emergencia de pasiones y al odio, que presagian ya el posible advenimiento de la tragedia. Empero, tanto en la entrevista de Aguirre con el Caudillo y luego con Jiménez, es posible observar también indicadores de un proceso de pacificación (autocontrol) de los guerreros: “la medida contenida del acento”, no revelar lo que se piensa o siente, autocontención, carácter inescrutable en la mayoría de los integrantes

⁵¹ *Ibid.*, p. 1110.

⁵² *Ibid.*, p. 1166.

⁵³ *Ibid.*, p. 1250.

de la élite política. En mi opinión, ello es una muestra de que asistimos también a una gradual civilización de los señores de la guerra, quienes si bien no han abandonado del todo el uso de las armas, se aprecia ya en ellos los efectos del proceso irreversible de la centralización del poder que pusieron en marcha los sonorenses desde que llegaron al poder en 1920: profesionalizar al ejército, evitar en lo posible asonadas militares, control de gobernadores y del sindicalismo agrario y obrero.⁵⁴ Tanto Plutarco Elías Calles (el Hilario Jiménez de *La sombra del caudillo*) como Lázaro Cárdenas culminarán con esa tarea en años posteriores a la escritura de la novela. Por todo ello, creo que Guzmán nos deja ver bien el paradójico juego de luces y sombras en el que se movía la todavía tambaleante esfera política mexicana de los años veinte. En un escrito posterior, el propio Guzmán se encargó de destacar la labor pacificadora y civilizatoria de Cárdenas.⁵⁵ No era el sueño que estaba planteado en el ideal maderista, pero a sus ojos la luz hacia retroceder a las sombras.

Para el autor de la novela, las masas estaban casi ausentes de la política. Al narrar un banquete y mitin político en la ciudad de Toluca, en el que se iba a declarar un candidato presidencial, las percibe como un rebaño de acarreados, o perro fiel que sigue a su amo.

De los indios de las haciendas, muchos habían caminado quince o veinte kilómetros y llevaban doce horas sin probar bocado; mas no por eso denotaban impaciencia o precipitación: aguardaban su turno con mansa dignidad. Luego, con la comida en las manos, iban a sentarse a la sombra de los árboles, para entregarse allí a morder, poco a poco, sus rollos de tortillas. Comían con tristeza fiel —con la tristeza fiel con que comen los perros de la calle—; pero lo hacían, al propio tiempo, con dignidad suprema, casi estática. Al mover las quijadas, las líneas del rostro se les conservaban inalterables.⁵⁶

Y en lo que concernía a la vida parlamentaria, la novela también da cuenta del predominio de la amoralidad y de las más bajas pasiones. A medida que se daba la creciente polarización y se iban alineando los grupos en la campaña presidencial, en la que pese al viento en contra Aguirre decidió participar como candidato opositor, el congreso se vio desbordado por la efervescencia política. En su carácter de líder parlamentario y simpatizante de Aguirre, “osó Olivier [Fernández] lo que nadie hasta entonces; desnudar implacablemente de todo su relumbré, de toda su pompa, de toda su aureola de líder máximo, indiscutible,

⁵⁴ Para un tratamiento más profundo que ha hecho la historiografía de esos aspectos y del proceso formativo del Estado posrevolucionario en el periodo sonorenses, véase Knight, “La revolución mexicana”; Medina, *Hacia el nuevo estado*; Meyer, “La etapa formativa del Estado”; Hamilton, *México: los límites de la autonomía*.

⁵⁵ Véase Guzmán, “Pábulo para la historia”, escrito de 1949.

⁵⁶ Guzmán, *La sombra...*, p. 1796.

la figura del hombre con quien nadie se atrevía: el Caudillo”. Su discurso encendió los ánimos. “La sesión concluía deshecha en violencia; en los pasillos un diputado mataba a otro; en el vestíbulo y la calle los choques de las porras dejaban heridos y muertos”.⁵⁷ De este modo, de las tácticas primitivas de tratar de amedrentar al rival dentro y fuera del congreso, se pasó rápidamente al uso de las armas.

Otra de las expresiones de la barbarización en la política mexicana es la regla no escrita que rige la lucha en ese campo: madrugar al contrario. Por ello, muchos de sus partidarios aconsejaban a Aguirre: “no le queda a usted otro camino que el de los rifles”. Pues en México “todos los presidentes se hacen a balazos”.⁵⁸ El bando contrario pensaba lo mismo. Jiménez y el Caudillo fueron poniendo el cerco a lo que consideraban como la inevitable rebelión aguirrista. El Caudillo, siempre precavido, a los generales más sospechosos les abrió “de par en par, las grandes cajas de la Tesorería” y para otros se reservó las balas.⁵⁹ Pues en opinión del Caudillo, en México no hay quien resista “las caricias del tesoro nacional”.

Con una claridad cartesiana, Olivier le decía a Aguirre que no había más salida que madrugar al Caudillo o éste nos madruga: “en estos casos triunfan siempre los de la iniciativa. Como en el lejano oeste [...] El que primero dispara, primero mata. Pues bien, la política de México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugar”.⁶⁰ Pero Aguirre escoge el camino de la luz, se muestra más civilizado que sus contrarios y no quiere ser el primero en acudir a las armas. En su opinión, ése debe ser el último recurso para dirimir diferencias. Por ello, ante presiones de la mayoría de sus partidarios para que se rebelara cuanto antes, responde:

Nos consta a nosotros que en México el sufragio no existe: existe la disputa violenta de los grupos que ambicionan el poder, apoyados a veces por la simpatía pública. Ésa es la verdadera Constitución Mexicana; lo demás, pura farsa. Pero como nuestras mismas disputas tienen sus reglas y son, en medio de todo, susceptibles de cierta decencia, yo me propongo no disparar el primer tiro [...]

⁵⁷ *Ibid.*, p. 2664.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 3178.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 3182.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 3204. Posteriormente, Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, y Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, sustituyen el verbo madrugar por el de “chingar”, pero ampliándolo a todas las relaciones sociales y no sólo a la esfera política.

Quiero ganar, sí; pero ganar bien; y si eso no es posible, prefiero perder bien, o sea: dejando a los otros el recurso criminal o innoble.⁶¹

Pero el Caudillo y Jiménez escogieron el camino de la barbarie y las sombras (en la que había una amplia gama de esbirros a su servicio, como Canuto Arenas y Protasio Leyva). Hicieron circular en la prensa la falsa noticia del levantamiento de los aguerristas. Después procedieron a su apresamiento y ejecución. Ante sus verdugos, Aguirre “espera la bala en absoluta quietud” y con “una conciencia tan clara”. Muere como un personaje de tragedia griega: “Cayó, porque así lo quiso, con la dignidad con que otros se levantan”.⁶²

Esa política de balazos puesta en práctica por el régimen de los sonorenses, magistralmente novelada por Guzmán, no cambió, en un sentido más civilizador, sino hasta las grandes reestructuraciones del sistema político mexicano en el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940). En adelante, las sucesiones presidenciales se fueron civilizando cada vez más, pero a nivel de algunas gubernaturas y presidencias municipales, por mucho tiempo se seguirían escuchando todavía disparos.⁶³

4. NELLIE CAMPOBELLO: LAS MINUCIAS DE LA VIOLENCIA SOBRE LOS CUERPOS

Desde diferentes opciones estéticas, en los novelistas de la Revolución Mexicana hay un intento —con grados diversos— por recuperar las experiencias del soldado revolucionario de las clases bajas.⁶⁴ Para ello, en *Cartucho*,⁶⁵ Campobello,⁶⁶ la primera mujer en novelar el tema de la Revolución Mexicana, eligió un foco estratégico en el cual situarse: las minucias de la violencia sobre los cuerpos (vivos o muertos) percibidos por los ojos de una niña, ya sea de manera directa o a través de las narraciones que le contaba su madre,⁶⁷ o

⁶¹ Guzmán, *La sombra del caudillo*, p. 3259.

⁶² *Ibid.*, p. 3765.

⁶³ Para una síntesis sobre la persistente violencia en el plano subnacional, véase Knight, “Guerra, violencia y homicidio”; y Guerra Manzo, *Territorios violentos en México*.

⁶⁴ Al respecto, véase Avechuco, “La Revolución narrada”.

⁶⁵ Existe una polémica en torno al género en el cual clasificar *Cartucho*: si en la novela o en el del cuento. Véase Aguilar Mora, “El silencio de Nellie”; Avechuco, “La Revolución narrada”; Brushwood, *México en su novela*. Aquí se elude esa discusión y se asume como una novela.

⁶⁶ Nellie Campobello, al parecer, nació en 1900, en Villa Ocampo, Durango. Se le dio el nombre de María Francisca Moya Luna. Más tarde se lo cambió, adoptando el apellido de su padrastro (Ernest Campbell Reed), al que castellanizó. Aguilar Mora, “El silencio de Nellie”, p. 1825.

⁶⁷ Rafaela Luna, madre de Campobello, “se volvió costurera reconocida en el pueblo [de Parral] y ayudó a los soldados heridos durante la época revolucionaria; a pesar de no ser soldadera,

que escuchaba de testigos que pasaban por su casa, ubicada en la calle de la Segunda del Rayo en el pueblo de Hidalgo del Parral. Además de centrarse en los cuerpos sacudidos por la barbarie, Cartucho pone la mirada también en la subjetividad individual y comunitaria. Con ese enfoque, Campobello une microhistoria y macrohistoria de la revolución, tal como fue experimentada en un rinconcito de Chihuahua en el último lustro de la década de 1910. Es una obra que articula autobiografía, anonimato popular, historia y crónica familiar.⁶⁸

La novela, escrita en 1931, está situada en Hidalgo del Parral, pueblo ganadero y minero chihuahuense en el que vivió la autora entre 1906 y mediados de 1919 (con algunas interrupciones). En treinta y tres relatos, cuya unidad está dada por los ojos de una niña, se narra la forma en que se vivió y percibió la lucha armada en ese lugar entre 1915 y 1920, período de enorme carnicería.⁶⁹ El villismo, tras sus fuertes derrotas en el Bajío entre abril y julio de 1915, se refugia en Chihuahua y sostiene una fiera resistencia a través de una prolongada guerra de guerrillas, contra el ejército constitucionalista triunfante. Uno de los grandes méritos de Campobello es recuperar lo que hoy se llama literatura oral (que algunos denominan oratura u “oralitura”)⁷⁰ y permitir al soldado villista usar sus propias palabras para expresarse y transmitir sus emociones y experiencias.⁷¹ Los personajes de Cartucho se distinguen por asumir su destino trágico y por un fuerte sentido de pertenencia a una comunidad de frontera, con

fue notable su apoyo a los Villistas debido a que mantenía una relación cercana con el general Francisco Villa [a] quien además le proporcionaba información acerca de los acontecimientos que tenían lugar en Parral y en Durango”. Cruz Jiménez, *Cartucho*, p. 14.

⁶⁸ Avechuco, “La Revolución narrada”; Aguilar Mora, “El silencio de Nellie”.

⁶⁹ Campobello escribe su obra desde la marginalidad y la subalternidad contra el maniqueísmo de dos discursos dominantes. De un lado, el discurso político-cultural oficial que comenzaba a santificar a la revolución, distorsionándola; de otro, el de aquellos que la satanizaban como una “catástrofe social inútil”. Ambos deformaban a la revolución y al villismo. Campobello lo expresó con las siguientes palabras: “Mi tema era despreciado, mis héroes estaban proscritos. A Francisco Villa lo consideraban peor que al propio Atila. A todos sus hombres los clasificaban de horribles bandidos y asesinos”. Citado en Aguilar Mora, “El silencio de Nellie”, p. 146.

⁷⁰ Diversos estudiosos han destacado la pertinencia de precisar que tanto en la literatura escrita como en la oral nos encontramos con dos discursos con pretensiones estéticas. Véase Hernández Soto, “El fetichismo”, p. 48. Esa literatura oral es la que intentaron recuperar autores como Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Augusto Roa Bastos, Miguel Ángel Asturias, entre otros. Véase también Ong, *Oralidad y escritura*; y Rama, *Transculturación narrativa*, pp. 40-41. En 1982 Juan Rulfo expresó sobre Campobello que “sus libros están llenos de bocetos y retratos revolucionarios” de gran calidad. Véase Rulfo, “Novela de la Revolución”.

⁷¹ Campobello recibió una educación en casa durante su infancia. Pues no hay documentos que indiquen que haya tenido estudios formales de primaria o secundaria. Cruz Jiménez, *Cartucho*, p. 14. La profunda huella de su madre en su temprana educación y su sensibilidad para escuchar sus relatos quizá influyó mucho en su recuperación de la literatura oral.

una larga tradición de autodefensa contra los apaches y celosa de su autonomía política (rechazo de intromisiones del centro).

La novela deja ver dos clases de violencia que se mueven de modo pendular en el período: una que a los ojos de la comunidad aparece como “profana”, oscura, de corte destructivo (pues genera desorden, barbariza y agravia a la colectividad), utilizada por los carrancistas; y otra de carácter “sagrado”, luminosa, constructiva (legitimada, civilizatoria, apoyada por la comunidad), empleada por los villistas. Pero independientemente de su forma sagrada o profana, Cartucho va más allá de las afiliaciones faccionales o ideológicas y se detiene a observar de manera cruda el modo en que la carnicería revolucionaria impacta a los cuerpos humanos. Actitud que llevó a algunos de sus primeros comentaristas a calificar a la autora como fría e indiferente ante la barbarie, entre otras descalificaciones. Por ejemplo, en 1951 Manuel Pedro González se queja de la insensibilidad de Campobello ante los “horrores” que describe:

[...] Ni por un momento se conmueve la narradora ante las atrocidades que con morbosa delectación y pertinacia nos refiere. ¿Cómo explicar esta fría indiferencia en una mujer y esta sostenida persistencia en pintarnos escenas de barbarie en las que ella parece experimentar un deleite de oscuro origen sádico, sin que jamás percibamos un estremecimiento de horror ni la más ligera vibración cordial? [...] reincide en las minucias macabras, en la visión inerte y sangrante de la muerte, en lo repugnante por excesivo e innecesario [...] El niño normal no reacciona en esta forma ante la sangre y la muerte, máxime tratándose de niñas [...].⁷²

El anterior pasaje permite percatarnos de la diferente sensibilidad ante la violencia que se suscita en épocas donde predomina la barbarie (como la que vive Campobello y los protagonistas de sus relatos) y en épocas de ciclos civilizatorios (por ejemplo, en la que escribe Manuel Pedro González). Pues, como sugiere Elías, la sensibilidad hacia el uso de la fuerza, el manejo de las emociones y del temperamento, está estrechamente ligado a la estructura específica de una sociedad y a la existencia o no de un órgano regulador de la agresividad humana, capaz de obligar a las personas a convivir en paz.

Entre 1915 y 1920 el Estado mexicano estaba en ciernes y su autoridad en territorios como Chihuahua era demasiado frágil y había pueblos como los de Hidalgo del Parral en que era prácticamente inexistente, pues ninguno de los bandos beligerantes era capaz de brindar seguridad a la población de manera duradera, lo que no dejó de incidir en las actitudes laxas de las personas hacia el empleo de la fuerza. En cambio, en la década de 1950 estamos ante un Estado que ha logrado consolidarse y pacificar en un alto grado al territorio nacional, posibilitando el desarrollo de una sensibilidad diferente hacia el uso

⁷² González, *Trayectoria de la novela*, p. 289.

de la fuerza (más intolerante y condenatoria, como revela el pasaje citado de Manuel Pedro González).⁷³

De esta manera, en situaciones marcadas por una fuerte inestabilidad, incremento de la barbarie, inseguridad, falta de protección (de los bienes y de la vida), a diferencia de los períodos de paz, suele transformarse la sensibilidad de las personas en sus relaciones con los demás, en especial con los que no forman parte de su comunidad: mayor tolerancia en el uso de las armas para dirimir diferencias, emergencia de *habitus* agresivos,⁷⁴ desbordamiento de pasiones.

Entre 1915 y 1920 Chihuahua vivió verdaderos años oscuros por una guerra civil sin freno entre villistas y carrancistas, que dividió a pueblos y familias, acicateada además por hambrunas y escasez de alimentos que asolaron a la población e incluso a los propios soldados carrancistas:⁷⁵ “A mí me parecía maravilloso ver tanto soldado. Hombres a caballo con muchas cartucheras, rifles, ametralladoras; todos buscando la misma cosa: comida. Estaban enfermos de la carne sin sal; iban a perseguir a Villa a la sierra y querían ir comidos de frijoles o de algo que estuviera cocido”.⁷⁶ Así, en la novela se puede observar que el hambre y la escasez fueron otras de las formas de coacción que padecieron las personas. Es en ese complejo marco que deben situarse los personajes de la novela, todos ellos reales, pero que hasta cierto grado fueron también ficcionalizados con gran deleite estético por Campobello.

En muchos relatos los personajes mueren en situaciones de la vida cotidiana de lo más inverosímiles: mientras se iba caminando por la calle y de repente se inicia un ataque del enemigo;⁷⁷ al bañarse en un lugar al aire libre y ser baleado por fuego de los contrarios en un asalto sorpresivo (Elías Acosta); al estar tocando una puerta y ser tiroteado por hombres desconocidos (Bartolo de

⁷³ Como ha visto Niblo, *México en los cuarenta*, p. 25, desde la década de 1940 el país había entrado ya en un franco proceso de pacificación e integración, tanto en el ámbito político como en el cultural: “las grandes organizaciones de masas, las redes clientelares que iban desde los ejidos a Palacio Nacional, el nuevo catecismo nacionalista diseminado por la escuela rural, la radio y el deporte. Se estaba preparando el camino que le abriría paso a una economía más integrada que se suscitara con la llegada de la industrialización y la revolución agrícola del milagro mexicano” en las décadas siguientes.

⁷⁴ El concepto de *habitus* fue acuñado originalmente por Elias, *El proceso de la civilización*; y luego popularizado por Bourdieu, *El sentido práctico*.

⁷⁵ Diversos historiadores coinciden en que fueron años en que se inicia la guerra de guerrillas más salvaje que ha conocido el estado de Chihuahua en su historia. Gran parte de ese drama ha sido reconstruido por Katz en su magna obra, *Pancho Villa*, en especial en los capítulos 14, 15 y 16. Véase también Calzadiaz, *Hechos reales de la Revolución*; Knight, *La revolución mexicana*.

⁷⁶ Campobello, capítulo “Por un beso”, *Cartucho*, p. 854. Dado que todos los nombres de los capítulos a los que aquí se hará referencia pertenecen a esta misma obra, en adelante sólo se proporcionará el nombre del capítulo respectivo.

⁷⁷ Véase “Cartucho”, el capítulo inicial que le da nombre a la obra.

Santiago); o en una discusión sin importancia que deriva en un baño de sangre (Las cintareadas de Antonio Silva).

Algunos hombres sentían un inmenso placer al infringir dolor a otras personas. Por ejemplo, Antonio Silva gustaba de desnudar a sus subalternos que se habían portado mal y les daba de fajos en las nalgas hasta que se cansaba o se le doblaba la espada (Las cintareadas de Antonio Silva). Atormentar prisioneros capturados en combate generaba un inmenso gozo (El fusilado sin balas) y también el quemarlas vivas con chapopote y escuchar sus gritos (La sentencia de Babis).⁷⁸

En ocasiones, hombres de una extrema crueldad en la guerra, al cesar el combate saqueaban al pueblo vencido, pero al ver un bebé eran capaces de brindar empatía. Oscilaban entre la rabia y el odio y la emoción más espontánea (Los tres meses de Gloriecita).

En los propios niños, como en la narradora y su hermana (El muerto) o en los jóvenes (La sentencia de Babis), se manifiesta una familiaridad con las escenas de barbarie y el peligro. Gozan con los enfrentamientos armados, ver muertos y fusilamientos. Ello es un indicador de estructuras de la personalidad que se han acostumbrado a una cotidianidad donde el empleo de la fuerza de las armas se ha normalizado: no dejan de verla y escucharla. Los adultos, como la propia madre de la narradora, cuentan con naturalidad esos relatos; lo mismo ocurre con jóvenes y niños:

Los balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. Dijeron que El Kirilí y otros eran los que estaban “agarrados” en la esquina del callejón de Tita, con unos carrancistas que se resguardaban en la acera de enfrente [...] Nosotras, ansiosas, queríamos ver caer a los hombres; nos imaginábamos la calle regada de muertos. [...] Cuando] Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosa de ver a quiénes les había “tocado”.⁷⁹

[...] Nos fuimos. Al llegar a la plaza Juárez, en Guanajuato, vimos unos quemados debajo del kiosco, hechos chicharrón, negros negros; uno tenía la cabeza metida dentro de las rodillas. Vimos a nuestra izquierda el cuartel valiente, estaba cacarizo de balas. La banqueta regada de muertos carrancistas. Se conocían por la ropa mugrosa, venían de la sierra y no se habían lavado en muchos meses [...]

⁷⁸ “En la toma de Jiménez, en los primeros prisioneros que agarraron, le tocó a Babis. Quemaron con petróleo a los prisioneros, estaba de moda. Así fue como en el primer combate Babis murió”. [Un adolescente, amigo de la narradora]. Yo creo que sin tener sus hebillas blancas. El hombre dijo, meciéndose en un pie, que no se le iban de los oídos los gritos de los quemados vivos. Eran fuertes. Después se fueron apagando poco a poco”. Campobello, “La sentencia de Babis”, *Cartucho*, p. 897.

⁷⁹ Campobello, “El muerto”, *Cartucho*, p. 902.

José Díaz, joven hermoso, murió devorado por la mugre; los balazos que tenía se los dieron para que no odiara al sol.⁸⁰

[...] Dentro del cuartel había trescientos cuerpos regados en el patio, en las caballerizas, en los cuartos; en todos los rincones había grupitos de fusilados, medio sentados, recostados en las puertas, en las orillas de las banquetas. Sus caras, salpicadas de sangre, tenían el aspecto desesperado de los hombres que mueren sorprendidos [...] “Más de trescientos hombres fusilados en los mismos momentos, dentro de un cuartel, es mucho muy impresionante”, decían las gentes, pero nuestros ojos infantiles lo encontraron bastante natural.⁸¹

Como puede apreciarse en los anteriores pasajes, en *Cartucho* hay una actitud amoral hacia la violencia y se contempla a la muerte como algo normalizado. La propia madre de la narradora al presenciar cómo los contrarios saquean su casa, destruyen sus pertenencias y humillan a sus hijos, es capaz de mantener la calma ante una situación de peligro extremo. Sólo quiere que no lastimen a sus hijos. Estaba acostumbrada a la brutalidad suscitada con la revolución y no se inmutó (El general Rueda). Mirar vísceras de un muerto a los infantes no les horroriza, por el contrario, despierta su curiosidad y las ven con naturalidad, incluso se admiran de ello:

[...] vimos venir unos soldados con una bandeja en alto; pasaban junto a nosotras, iban platicando y riéndose. “¿Oigan, qué es eso tan bonito que llevan?” Desde arriba del callejón podíamos ver que dentro del lavamanos había algo color de rosa bastante bonito. Ellos se sonrieron, bajaron la bandeja y nos mostraron aquello. “Son tripas”, dijo el más joven clavando sus ojos sobre nosotras a ver si nos asustábamos; al oír, son tripas, nos pusimos junto de ellos y las vimos; estaban enrolladitas como si no tuvieran punta. “¡Tripitas, qué bonitas!, ¿y de quién son?”, dijimos con la curiosidad en el filo de los ojos. “De mi general Sobarzo —dijo el mismo soldado—, las llevamos a enterrar al camposanto”.⁸²

A lo largo de ese relato se puede apreciar que a nadie en el pueblo causaba estupor contemplar a la luz pública las tripas de una persona, recogidas tras un combate. De hecho, los niños con frecuencia veían muertos, a veces incluso abandonados por días en plena calle. Mostraban fascinación por el espectáculo

⁸⁰ Campobello, “Mugre”, *Cartucho*, pp. 949 y 957. La huella de esta actitud irónica, desenfadada y poética de Campobello más tarde se hará presente en la obra de Rulfo.

⁸¹ Campobello, “El centinela del mesón del Águila”, en *Cartucho*, pp. 966-967 y 970.

⁸² Campobello, “Las tripas del general Sobarzo”, *Cartucho*, p. 1001. Casi no hay relato en el que no se aprecie este afán por dar cuenta de los detalles del efecto de la lucha armada sobre los cuerpos.

de la muerte (Desde una ventana). Sentían una gran emoción al escuchar historias de esos cuadros de horror.⁸³

Los personajes de *Cartucho* son trágicos y su código de valores les hace asumir con naturalidad el destino final de sus vidas o la inmensa alegría de la victoria o de morir sirviendo a su caudillo y a su comunidad:

Pablito, sostenido por una muleta y un bordón, fue traído a Chihuahua. Tenía varias heridas. Lo quisieron curar, él no se dejó; dijo “que para qué, que ya no lo necesitaba”. Él sabía que lo iban a fusilar. No lloró, no dijo palabras escogidas. No mandó cartas. La mañana de su fusilamiento pidió que le llevaran de almorzar. Al tomar su café, se fumó un cigarro. Le avisaron que lo iban a matar en el centro de la ciudad, frente al pueblo. Él se sonreía. (Así aparece en los retratos.) Agarró su muleta, se colgó de ella, bajó los ojos y se miró las piernas heridas, tímidamente levantaría la cara, como preguntando ¿qué, ya nos vamos?⁸⁴

Caer con dignidad frente al pelotón era algo que enorgullecía al que iba a morir y al público que presenciaba su muerte o a sus deudos (Las tarjetas de Martín López). Casi no hay relato en que no se aprecie el fuerte sentido comunitario de los pueblos norteños villistas como Parral: memoria colectiva, gusto por cantar en grupo sus canciones más sentidas, apodos que ponen a los suyos... (Los oficiales de la Segunda del Rayo). Parral era muy querido por Villa, tanto que llegó a decir que le gustaba hasta para morir.⁸⁵ Sueño que se le cumplió en 1923, pues ahí fue asesinado mientras iba desde su hacienda de Canutillo (Durango) hasta Parral para asistir a una fiesta a la que había sido invitado.

Tanto villistas como carrancistas solían humillar a heridos y caídos del bando rival: colgarlos aún después de muertos, arrojarle billetes a un cadáver, patear a los heridos, amenazar con quemarlos con chapopote (Los heridos de Pancho Villa). Referirse a sus enemigos como “bandidos” era la etiqueta más frecuente usada por ambas facciones para intentar estigmatizarse mutuamente. Estaba en juego también una competencia por la apropiación de la representación del orden y de la legalidad. Es decir, a la par de la lucha armada se desarrollaba una lucha por las clasificaciones —coacciones simbólicas— (Los tres meses

⁸³ Campobello, “Los hombres de Urbina”, *Cartucho*. Y en este mismo relato se dice: “Yo tenía los ojos abiertos, mi espíritu volaba para encontrar imágenes de muertos, de fusilados; me gustaba oír aquellas narraciones de tragedia, me parecía verlo y oírlo todo. Necesitaba tener en mi alma de niña aquellos cuadros llenos de terror, lo único que sentía era que hacían que los ojos de Mamá, al contarlo, lloraran. Ella sufrió mucho presenciando estos horrores. Sus gentes queridas fueron cayendo, ella las vio y las lloró”, p. 1066.

⁸⁴ Campobello, “La muleta de Pablo López”, *Cartucho*, p. 1160.

⁸⁵ Y ese amor era correspondido por la gente de Parral, se aprecia en toda la obra. Al respecto véase en especial las historias recogidas en “Las Sandías” y en “Las Rayadas”, Campobello, *Cartucho*.

de Gloriecita). Pero en Parral, para la mayoría de su población los carrancistas eran “unos salvajes”, “mugrientos”, “ladrones”. Mientras que sus soldados villistas eran “verdaderos hombres del norte”, “valientes”, “solidarios”.

Es así como *Cartucho* se aproxima a la revolución, algo que recuerda mucho a las imágenes que nos transmite Elias sobre los sentimientos de los señores de la guerra medievales. De ahí que sea una novela que escandalice a personas acostumbradas a vivir bajo el decoro de las formas de urbanidad de las épocas de paz, bajo las cuales escribía Manuel Pedro González. En cambio, la novela describe de manera inusual a los caídos en batalla, la expresión de los muertos, aspecto de las vísceras, olor de los quemados, hedor de un cadáver. Además de ello, *Cartucho*, a través de la literatura oral, le da la voz al soldado villista para que exprese sus sentimientos y experiencias del modo en que vive esos años turbulentos de la revolución en Chihuahua: goce por el estruendo de la batalla, el piar de los caballos, infringir heridas al otro, matar, adrenalina de estar ahí. Se trata de un soldado que a pesar de la derrota no pierde su propio sentido de civilidad (derivada de su pertenencia a una comunidad de frontera), dispuesto a morir con honor por la causa que defiende su caudillo contra “los salvajes” carrancistas.

CONCLUSIONES

Las obras que se han tratado aquí son de una gran significación literaria y siguen siendo paradigmáticas, pues no dejan de apelar en muchas direcciones. Una de ellas es la de las conexiones entre civilización, barbarie y violencia. Ello es más claro en la fase armada de la revolución, pero también se puede apreciar en la fase de reconstrucción del Estado Mexicano.

En Azuela la Revolución Mexicana, vista desde los vencidos, aparece de varias formas: un huracán que arrastra a los hombres de sus regiones de origen y los lleva a desplazarse siguiendo a sus ejércitos; o como una bola destructiva que a medida que asciende incrementa la barbarie en un proceso de deshumanización, degradación de las personas, quiebra de valores, liberación de instintos, irrupción de un “egoísmo impenetrable y feroz” y uso de la violencia impura. De ahí que algunos de los protagonistas tengan la sensación de hundirse en un pantano o en la oscuridad, lejos de los luminosos ideales que al principio los sedujeron para unirse al movimiento. Pero a la obra de Azuela, a pesar de darle centralidad a la barbarie, no se le escapa atisbar en el horizonte el momento reconstructivo. Pasada la efervescencia de la lucha armada, los hombres de abajo regresan a la cotidianidad de sus labores para la reconstrucción del orden social y el empuje hacia una nueva fase civilizatoria, sostenida por la violencia sagrada de los triunfadores (la élite edificadora del nuevo Estado).

En *La sombra del caudillo* Guzmán refiere a la clase política que ha llegado al poder con el ascenso de una forma de barbarie que recupera y pone al día la vieja fórmula del porfiriato para pacificar al país: plata (corrupción) o plomo (crimen sistemático). Fórmula que a sus ojos olvida el ideal democrático maderista. La serpiente se ha impuesto al águila. Por ello, muchas metáforas que se despliegan en su novela son ominosas: el verbo madrugar (empleo de la fuerza); una política animalizada por el imperio de las bajas pasiones y el frecuente uso de la pistola; envilecimiento de la opinión pública; una sombra tenebrosa que como una enorme maquinaria se impone a la voluntad de todos los personajes en forma trágica.

No obstante, de manera paradójica, la novela no sólo permite apreciar las sombras sino también las luces de una civilización que se va abriendo paso: con hombres dispuestos a respetar las reglas y a eludir en lo posible el uso de la fuerza (Ignacio Aguirre, Axkaná González); un gradual proceso de domesticación de los guerreros vencedores que confían cada vez más en el cálculo y en el dominio de sus pasiones para elaborar sus jugadas ganadoras, aunque siempre tengan a su disposición el uso o amenaza de las armas; puesta en marcha de un proceso de desmilitarización y pacificación, así como de legitimación, de una nueva élite que llegó al poder. Sin embargo, Guzmán cree que el camino para llevar al país a un plano más alto de civilización debe pasar necesariamente por una regeneración moral, elevar espiritualmente al pueblo con más educación cívica e impulsar el desarrollo económico y cultural de la sociedad: sólo así se puede acabar con la incesante amenaza de la bola (barbarie del caciquismo, caudillismo y de pueblos levantiscos).

En *Cartucho*, el foco central está en los crudos efectos que produce la lucha revolucionaria sobre los cuerpos. Al recuperar la literatura oral chihuahuense, Campobello permite al soldado villista usar sus propias palabras para expresarse y transmitir sus emociones y experiencias ante una violencia omnipresente en sus vidas de manera cotidiana, entre 1915 y 1920. Además de describir con detalle las minucias de los estragos de la guerra sobre los cuerpos, considero que uno de los aspectos más valiosos de la novela está en posibilitar al lector percibir las experiencias y las estructuras de la personalidad que se van forjando en el marco de una barbarie crónica, suscitada por la carnicería revolucionaria que impactaba tanto a cuerpos villistas como carrancistas, pues a diferencia de los períodos de paz, en esos contextos suele transformarse la sensibilidad de los seres humanos en sus relaciones con los demás, en particular con los que no forman parte de su comunidad: de ahí que algunas personas sintieran un inmenso placer al infringir dolor a otras, en especial a quienes consideraban sus enemigos; observar el suplicio de cuerpos al ser quemados; ver con naturalidad el aspecto de las vísceras o el hedor de un cadáver; gozar con el estruendo de la batalla.

En *Cartucho* también está presente un juego de luces y sombras. Aparece una tensión entre el uso de la violencia sagrada (civilizatoria), en defensa de la comunidad y de su orden interno, empleada por el villismo (el nosotros) y la violencia profana (bárbara, oscura), utilizada por los enemigos carrancistas (ellos).

En mi opinión, releer desde la sociología figuracionista las obras clásicas de la novela de la Revolución permite percibir y dilucidar distintos ángulos desde los cuales se representa la triada civilización-violencia-barbarie y sus peculiaridades para el caso mexicano. Asomarnos a sus imágenes, metáforas y discursos quizá nos ayude a comprender mejor muchas de las formas en que hoy experimentamos esa triada a la luz de una barbarie que no deja de impactar nuestras vidas y pone en peligro nuestro propio proceso civilizatorio en pleno siglo XXI. Elías tuvo una enorme sensibilidad para el hecho estético (él mismo escribió un libro de poesía). En casi toda su obra se puede apreciar un diálogo muy fructífero entre sociología y literatura, por lo menos en cuatro direcciones: al ejemplificar literariamente la teoría sociológica; al emplear la “subliteratura” como fuente (abundante en *El proceso de la civilización*), en el análisis sociológico de los orígenes sociales de la obra literaria y elucidación de la sociología en la literatura.⁸⁶

REFERENCIAS

- Aguilar Mora, Jorge, “El silencio de Nellie Campobello”, Campobello, Nellie, *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*, México, Era, 2003 (Edición Kindle), pp. 9-44.
- Amaro, Alejandro, *Del amor a la patria. Guillermo Prieto y su interpretación de la Historia*, tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM, 2013.
- Avechuco Cabrera, Daniel, “La Revolución narrada desde los márgenes: representaciones anómicas de la violencia en *Cartucho*, de Nellie Campobello”, *Literatura Mexicana*, vol. XXVIII, núm. 1, 2017, pp. 69-98. DOI: <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.28.1.2017.977>
- Azuela, Mariano, *Los de abajo*, México, FCE, El Colegio Nacional, UAM, 2015 (Edición Kindle).
- Bahena, Mario, “Temas y aspectos comunes en la historiografía mexicana de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista Notas Históricas y Geográficas*, núm. 22, 2019, pp. 65-89.
- Benítez, Fernando, *El rey viejo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

⁸⁶ Para mayores detalles al respecto, véase González, “Norbert Elías: literatura y sociología”; Heinich, *Sociología del arte*.

- , “Elementos de una teoría sociológica de la percepción artística”, en Silbermann, Alphons *et al.*, *Sociología del arte*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1971, pp. 433-480.
- Brading, David, *Ensayos sobre el México contemporáneo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2021.
- Brushwood, John S., *México en su novela, México*, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Calzadía Barrera, Alberto, Hechos reales de la Revolución. *El general Martín López, hijo militar de Pancho Villa. Anatomía de un guerrillero*, tomo V, México, Patria, 1975.
- Campobello, Nellie, *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*, México, Era, 2003.
- Cruz Jiménez, Erika, *Cartucho de Nellie Campobello: diálogo entre Historia y Literatura*, tesis de maestría en Historia, Universidad Autónoma de Chiapas, 2021.
- Chen, Hua, “Civilización” y “Barbarie” en dos mundos: estudio comparado a propósito de *Facundo de Sarmiento* y *Breve Historia de la Civilización de Li Boyuan*, tesis de doctorado en Lenguajes y Manifestaciones Artísticas y Literarias, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Facultad de Filosofía y Letras, 2017.
- Díaz Arciniega, Víctor, “Los de abajo, cien años después”, en Azuela, Mariano, *Los de abajo*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-A-Fondo de Cultura Económica-El Colegio Nacional, 2015 (Edición Kindle).
- Domínguez, Héctor, *Nación criminal. Narrativas del crimen organizado y el Estado mexicano*, México, Ariel, 2015.
- Dunning, Eric y Mennell, Stephen (eds.), *Norbert Elias*, 4 vols, London, SAGE Publications, 2003. DOI: <https://doi.org/10.4135/9781446262696>
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015 (Edición Kindle).
- , *Los alemanes*, México, Instituto Mora, 1999.
- , “Civilización y violencia”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 65, enero-marzo 1994, pp. 141-152. DOI: <https://doi.org/10.2307/40183672>
- Fowler, Will, “El pronunciamiento mexicano del siglo XIX: hacia una nueva tipología”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 38, 2009, pp. 5-34. DOI: <https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2009.38.17756>
- Freud, Sigmund, *Psicología de las masas*, s. l., Grupo ANAYA, 2021.
- Fuentes, Carlos, *La muerte de Artemio Cruz*, México, Penguin Random House, 2015.
- Girard, René, *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- González, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México*, México, Editorial Botas, 1951.
- Guerra Manzo, Enrique, *Territorios violentos en México: El caso de Tierra Caliente, Michoacán*, México, Terracota-Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2022.
- , *Breve introducción al pensamiento de Norbert Elias*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2012.

- Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente, Obras Completas*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2013 (Edición Kindle).
- , “La querrela de México”, *Obras Completas*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2013 (Edición Kindle).
- , Martín Luis, “Otras páginas”, *Obras Completas*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2013 (Edición Kindle).
- , “A orillas del Hudson”, *Obras Completas*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2013 (Edición Kindle).
- , “Pábulo para la historia”, *Obras Completas*, vol. I, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2013 (Edición Kindle).
- , *La sombra del Caudillo, Obras completas*, vol. II, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2010 (Edición Kindle).
- Hamilton, Nora, *México: los límites de la autonomía del Estado*, México, Era, 1983.
- Heinich, Nathalie, *Sociología del arte*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- Hernández Soto, Gabriel, “El fetichismo de la escritura y la narrativa transculturada”, *Pirandante*, núm. 10, julio-diciembre, 2022, pp. 34-56.
- Jiménez de Báez, Yvette, “Los de abajo de Mariano Azuela: escritura y punto de partida”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, tomo 40, núm. 2, 1992, pp. 843-874. DOI: <https://doi.org/10.24201/nrfh.v40i2.905>
- Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, 2 vols., México, Era, 1998.
- Kilminster, Richard, Norbert Elias, *Post-philosophical sociology*, London, Routledge, 2007. DOI: <https://doi.org/10.4324/9780203939307>
- Knight, Alan, “Guerra, violencia y homicidio en el México moderno”, *Revista Clivajes*, 2014, núm.1, pp. 1-49.
- Knight, Alan, *La revolución mexicana*, 2 vols., México, Grijalbo, 1996.
- , “La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente ‘gran rebelión’?”, *Cuadernos políticos*, 1986, vol. 48, núm. 1, pp. 5-32.
- López Vera, Elvia Estefanía, “La sombra del Caudillo. Una reflexión sobre la tiranía”, *Revista de El Colegio de San Luis*, vol. IV, núm. 8, julio-diciembre 2014, pp. 218-241.
- Medina, Luis, *Hacia el nuevo estado. México, 1920-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Meyer, Lorenzo, “La etapa formativa del Estado mexicano contemporáneo (1928-1940)”, *Foro Internacional*, vol. xvii, núm. 4, abril-junio 1977, pp. 453-476.
- Mier, Raymundo, “Norbert Elias, transfiguraciones de lo político: escritura, civilización e individuación”, en Torres, Valentina (coord.), *El impacto de la cultura de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, pp.131-160.
- Monsiváis, Carlos, “Prólogo. México y la toma de partido de Alfonso Reyes”, en Reyes, Alfonso, *México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 36-695 (Edición Kindle).
- Niblo, Stephen R., *México en los cuarenta. Modernidad y corrupción*, México, Océano, 2008.
- Olea Franco, Rafael, “Los de abajo (1915-1920)”, *La lengua literaria mexicana: de la Independencia a la Revolución (1816-1920)*, México, El Colegio de México, 2022, pp. 253-367.

- , “La novela de la Revolución Mexicana: una propuesta de relectura”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, tomo 60, núm. 2, julio-diciembre 2012, pp. 479-514. DOI: <https://doi.org/10.24201/nrfh.v60i2.1057>
- , “Prólogo. Martín Luis Guzmán: ficción y crónica de México”, Guzmán, Martín Luis, *Obras completas, II*, México, Fondo de Cultura Económica-INHERM, 2010 (Edición Kindle).
- Offe, Claus, “La ‘barbarie’ moderna, ¿un microestado de la naturaleza?”, *Papers: revista de sociología*, núm. 84, 2007, pp. 21-45. DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v84n0.1631>
- Ong, Walter J., *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Oviedo, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana, vol. 3. Posmodernismo. Vanguardia. Regionalismo*, Madrid, Alianza, 2001.
- Pacheco, José Emilio, *Inventario. Antología*, México, Era, 2020 (Edición Kindle).
- Paz, Octavio, *El laberinto de la Soledad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Rama, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 2004.
- Rodríguez, Miguel, “El siglo xx mexicano: la bola, la Revolución, la guerra civil”, *Amnis*, 30 enero de 2015. DOI: <https://doi.org/10.4000/amnis.2338>
- Rulfo, Juan, “Novela de la Revolución”, *La Jornada*, 9 de diciembre de 2022.
- Sandoval, Adriana, “Luz y sombra en una novela de Martín Luis Guzmán”, *Literatura Mexicana*, 1991, vol. 2, núm. 2, pp. 413-425. DOI: <https://doi.org/10.19130/iifl.litmex.2.2.1991.116>
- Sarmiento, Domingo F., *Facundo o Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2018.
- Sofsky, Wolfgang, *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*, Madrid, Siglo XXI, 2004.
- Solà, Jesús Ferrer, “Martín Luis Guzmán y la novela caudillista”, *Actas del xxxix congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1994, pp. 643-650.
- Subercaseaux, Bernardo, “Los de abajo: Revolución Mexicana, desajuste y modernidad esquiva”, *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 18, núm. 2, 2016, pp. 7-156. DOI: <https://doi.org/10.15446/lthc.v18n2.58744>
- Womack, John, “La revolución mexicana, 1910-1920”, Bethel, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, vol. 9, Barcelona, Crítica, 1992.